

**Claudia L. Gutiérrez Piña: *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2016.**

Celebrado el cincuentenario de la publicación de *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965), seguido por la edición de sus *Diarios (1945-1985)*, seleccionados por Paulina Lavista, su esposa, la monografía de Claudia L. Gutiérrez Piña no habría podido salir en mejor momento. Como indica el título de su estudio, la investigadora mexicana pretende ofrecer al lector una aproximación hasta ahora poco explotada por la crítica, y que considera la antología de cuentos *El grafógrafo* (1972) de Salvador Elizondo como núcleo y culminación de su obra literaria. Comprendiendo el carácter inconmesurable de este cometido, la autora condensa su acercamiento al principio de la variación, omnipresente en el pensamiento elizondiano, y lo hace de manera que logra rescatar una gran variedad de fuentes primarias hasta el momento no abarcadas en su conjunto.

El hilo conductor de la estructuración del estudio es la continuidad cronológica de la obra elizondiana, con el afán de tratar de “mostrarla como él [Elizondo] mismo la concebía: un sistema autónomo [...] y un sistema continuo [...]” (11). A lo largo de su trabajo crítico, convencida de que en la obra ensayística elizondiana se genera una suerte de autocrítica e incluso se lleva a cabo la teorización de su propio método de escritura, Gutiérrez Piña respeta al máximo las declaraciones a veces bien, otras veces poco conocidas del autor sobre su propia obra, aspecto que otorga un carácter familiar e íntimo a su acercamiento. Pero tampoco faltan las pautas que los propios textos analizados —en su gran parte, autorreferenciales— presentan desde la gestación literaria del autor hasta sus obras de madurez.

Analizados los primeros textos elizondianos —sus diarios, poemas y los cuentos tempranos—, la investigadora concluye que la centralidad del yo es el rasgo definitorio *par excellence* de la obra del primer Elizondo, y cuyo gesto primordial es la capacidad de cuestionarlo todo, actitud que comprende la idea de la introspección, pero también la de la búsqueda como “medio y fin de la expresión artística” (19). El hecho de poder acomodar estos textos tempranos en el discurso crítico es un mérito indiscutible del trabajo de Gutiérrez Piña, con el que se logra establecer las raíces del proyecto literario elizondiano. Las constantes referencias no dificultan sino que, al contrario, facilitan la navegación dentro de la obra del autor mexicano, y de esta forma se ofrece al lector la posibilidad de contemplar su narrativa no solo desde dentro (basándose en un análisis estrictamente textual) sino a la vez desde fuera, desde una perspectiva más alejada.

El siguiente apartado lleva por título “Hacia el proyecto imposible”, en el que Gutiérrez Piña propone analizar las obras elizondianas que manifiestan mayor madurez, entre ellas, las novelas *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965) y *El hipogeo secreto* (1968), las antologías cuentísticas *Narda o el verano* (1966) y *El retrato de Zoe y otras mentiras* (1969), junto con la autobiografía titulada *Salvador Elizondo* (1966). En estos textos narrativos se descubren —quizás por su cercanía temporal a la publicación de *El grafógrafo* (1972)— los elementos de la hibridez elizondiana (entre ellas, la fragmentación, las duplicaciones, el motivo de la búsqueda y el de la variación, el problema del lenguaje), mientras que se logra demostrar, sin seguir un estilo demasiado didáctico, cómo se recuperan los rasgos literarios y estilísticos de la fase formativa del escritor mexicano. La sutil solución de añadir notas al pie

de página demuestra una capacidad de sistematización y condensación de la autora, e incluso puede sugerir una continuación de su trabajo de investigación.

Los lúcidos análisis del capítulo “La realización del proyecto imposible” revelan el punto culminante de la trayectoria del escritor: la publicación de *El grafógrafo* en 1972, una serie de cuentos en los que se observa el deseo de estimular la autorreflexividad de la escritura a manera de dejar atrás el carácter anecdótico del discurso. La directriz que guiará la lectura de Gutiérrez Piña será, por tanto, la reflexión sobre la escritura como “eje que moviliza al libro como unidad” (118). A pesar de la presencia de la fragmentación textual-discursiva y de la hibridez genérica, la autora —siguiendo la opinión de Severo Sarduy al respecto— considera que la antología clave del autor mexicano muestra una voluntad de unidad en su constitución como libro, cuyo principio constructivo no es otro que el motivo de la variación.

La investigadora, en su análisis exhaustivo del cuento “El grafógrafo”, demuestra el funcionamiento interno de los textos elizondianos, concluyendo que, para Elizondo, las tres posibilidades de construcción del mundo son la percepción, la memoria y la imaginación, constantes que se reiteran en su escritura. Si este cuento es un “prisma que convoca todas las posibilidades de movilidad de las funciones genéricas” (135), la antología homónima es un “mosaico conformado por la distintas posibilidades de movilización a las que pueden ser sometidos los géneros literarios, ya que los textos que lo conforman presentan distintos grados y condiciones de hibridez [...]” (135). Según la autora, las principales funciones de la escritura elizondiana son la de narrar, la de expresar y la de poner en acto, es decir, se trata de textos que son al mismo tiempo narrativos, líricos y dramáticos.

En lo que sigue, Gutiérrez Piña ofrece una lectura detallada de los textos “en diálogo”, revelando las relaciones discursivas que ora se esconden ora se explicitan entre sus —a falta de mejor nombre— cuentos, y concluyendo que el principio de variación permite mantener vivo el sentido de búsqueda que impregna la obra de Salvador Elizondo. La autora rescata vocablos y expresiones que, a menudo, se usan en la crítica elizondiana, como la búsqueda de la escritura pura o “ensimismada” —la que no se compromete con nada más que consigo misma— (“Diálogo en el puente”), el principio de la metamorfosis (“*Ambystoma trigrinum*”), el movimiento pendular de la imaginación y la arbitrariedad de la construcción imaginaria (“*Mnemothreptos*”), el proyecto imposible (“*Tractatus rethorico-pictoricus*”), la tentativa de transgredir el flujo temporal mediante la escritura y, por último, su principal estrategia escritural: la incorporación de recursos pertenecientes a sistemas extraliterarios.

Después de continuar su reflexión sobre la presencia de los mismos preceptos en las obras tardías del autor, la investigadora dedica un breve pero conciso capítulo a sus conclusiones, entre las que menciona la relación sumamente relevante entre lenguaje y escritura. Aunque este vínculo puede parecer evidente a primera vista, Claudia L. Gutiérrez Piña logra demostrar que, en la escritura elizondiana, el lenguaje siempre necesita “pasar por” la escritura (309), siendo este “el único medio [...] con el que contamos para dar constancia a nuestro ser” (310). Para Salvador Elizondo, el principio de variación presupone la movilización del lenguaje: “hacerlo rotar, vivificarlo (que no es otra cosa que vivificarnos) en tantas realizaciones como sea posible” (310). Con esto se destaca el carácter experimental del ejercicio escritural de este autor tan enigmático, que “somete a prueba todo aquello en lo que el lenguaje construye al hombre: palabra, discurso, texto” (310).

**Petra Báder**

*bader.petra1@gmail.com*

**DOI:** <https://doi.org/10.24029/lejana.2017.10.175>

Recibido: el 9 de agosto de 2017

Aceptado: el 1 de septiembre de 2017

Publicado: el 4 de noviembre de 2017

© Petra Báder



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C